

Serge Gruzinski

Conversación con un mestizo
de la Nueva España



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

11 Presentación, por José Antonio Martínez Torres

Conversación con un mestizo de la Nueva España

27 Agradecimientos

29 Introducción

33 1. Un americano del Renacimiento

36 Un americano del Renacimiento

39 ¿Por qué Diego?

40 El hombre interior

45 2. Un mestizo en Tlaxcala

46 ¿En qué punto anda México en 1580?

48 Una ciudad de provincias

51 En Tlaxcala reina el orden

56 Un mundo de notables

59 La plebe de los *macehualtin*

63 Las epidemias

66 «En todas partes de Tlaxcala, muchas personas pretenden ser *pilli*»

69 3. ¿Quién es Diego Muñoz Camargo?

71 El nombre del padre

77 Diego, «natural de Tlaxcala»

80 ¿Mestizo, indio o español?

- 83 4. Un enjambre de relaciones
83 Familias
85 Clérigos y letrados
87 Intérpretes y *nahuatlato*s
91 Una *intelligentsia* en ciernes
96 Un hombre que sabe de todo
100 El mundo de Guermantes
104 Un hombre sin par
108 Los negocios
109 «Todos los tlaxcaltecas son hidalgos»
113 ¿Y los indios que no pertenecen a la nobleza?
- 115 5. ¿Para qué sirve la historia?
116 Saberlo todo sobre Tlaxcala
118 ¿Un tropismo indígena?
- 121 6. Esa gente que llega de fuera
121 La polémica de los orígenes
127 Pasando estrecheces
131 Las Siete Cuevas
133 La larga marcha de los fundadores
136 La mirada del anticuario
143 Los chichimecas
145 Las maravillas de la Creación
149 La tierra prometida
150 La guerra civil
- 155 7. ¿Diego se cree lo que cuenta?
156 Dios según Diego y los indios
159 ¿En qué creían los tlaxcaltecas?
164 ¿Fuentes fiables?
167 La verdad según Diego
169 El vaso mágico
173 El prisma de lo antiguo
178 El ojo del geógrafo

184	8. El nacimiento de un mundo global
185	Esos pobres insensatos
192	La «pacificación» de México
194	Rumbo a las especias y a China
204	Los espejismos de América del Norte
207	¿Por qué dirigirse hacia el norte?
211	China y más allá
215	La ruta del Perú
218	Los desastres de Florida
221	El auge de la ganadería
223	Crisis
232	La Monarquía Católica
239	9. «Hemos de ser todos uno»
240	Acto I. «Hemos de ser todos uno»
249	Los salvadores de los españoles
251	Acto II. El chantaje de la conversión
253	Acto III. Las reacciones de las élites
260	Diálogos de amor
264	De tal caballería, tal otra
267	Amistades caballerescas y diplomáticas
270	Los tlaxcaltecas son los «putos» de los españoles
273	Hermafroditas o bardajas
279	¿Qué pasa cuando se rechazan el amor y la amistad?
282	10. La hora del crimen
284	Una etapa fundacional de la conquista
285	El desencadenante
291	La versión tlaxcalteca frente a la versión mexicana
294	11. Lo local y lo global
295	La «patria» o lo local según Diego
300	El «universo mundo» o lo global según Diego
305	Puesta en imágenes –y en palabras– del mundo
309	¿Lo local frente a lo global?
311	Lo global interior

314	Los entramados de la mundialización
317	Relojes, puentes y viajes
322	12. ¿Quién hoy o mañana seguirá pensando en ti?
323	Ese hombre que se nos escapa
326	El amor a la patria
330	«Este apetito del mandar, tener y señorear»
331	Un sujeto americano
336	Puntos de referencia
343	Conclusión. Los mestizajes del siglo XVI
351	Cronología
353	Bibliografía

Presentación

Si pudiéramos reducir el siglo XVI a un rasgo único y característico, ese, sin ningún género de dudas, sería el de la asistencia al nacimiento de una historia eminentemente global. Esta nueva manera de narrar los acontecimientos que surge en esta época entre los historiadores más célebres que habitaban en las principales poblaciones del mundo «civilizado» es la resultante de incorporar a las historias de las monarquías, repúblicas y ciudades-Estado las exploraciones y conquistas realizadas en las «cuatro partes del mundo» por los portugueses y españoles. Espoleadas aquellas por la carencia en Europa de oro, plata y especias tras los estragos de la crisis de la Baja Edad Media y por un exacerbado espíritu de cruzada contra el enemigo «infiel», lo cierto es que los conquistadores ibéricos –probablemente los más experimentados de toda esta centuria– protagonizaron una «mundialización» –la primera antes de la americana que se origina después de la

Segunda Guerra Mundial– en las relaciones interculturales. Naturalmente, esta manera de relacionarse y ejercer el dominio del mundo servirá de modelo o no a aquellos imperios (Holanda, Inglaterra y Francia) que decidan proseguir con las empresas trazadas por los exploradores del sur de Europa.

En este singular proceso histórico que actualmente es materia de reflexión y debate académico, tuvo un papel de primera magnitud la imprenta, inventada en 1440 por el alemán Johannes Gutenberg, tanto las que se fundaron ya en las primeras décadas del XVI en los territorios más punteros de Europa como las que se empiezan a desarrollar a mediados de ese siglo en los nacientes virreinos de Nueva España y Perú, Turquía, China y Japón. Sea como fuere, lo cierto es que las noticias de pueblos remotos y sus costumbres circularon abundantemente porque había un público ávido de este tipo de informaciones, y lo que no es menos relevante, sirvieron de inspiración a famosos pensadores del momento, como Michel de Montaigne (*Essais*). Solo en 1500, el conjunto de prensas que trabajaron en el continente europeo produjo algo más de veinte millones de volúmenes diversos. Ciñéndonos al caso americano, las imprentas que había en Ámsterdam, Londres, París, Madrid, Lisboa y Venecia no pudieron evitar el proporcionar una imagen distorsionada de aquel continente que todavía era fruto de una mezcla de fantasía, mito y conocimientos reales. Hasta principios del siglo XVII, la mayor parte del mundo, salvo Australia, Nueva Zelanda y otras islas del Pacífico, ya era familiar gracias a los libros de viajes, mapas e historias que salieron publicados en las prensas de las

ciudades europeas mencionadas. No es por tanto arriesgado indicar que el Renacimiento fue una época de «descubrimiento» del hombre por el hombre y en el que las referencias comparativas había que buscarlas en el propio sustrato ideológico de cada civilización en particular. Si, por seguir con el ejemplo americano, para los aztecas los conquistadores españoles –tocados y ataviados con sus brillantes y pulidos yelmos y corazas– eran lo más parecido a los dioses que mencionaban sus legendarias profecías, para los españoles la gran ciudad de México-Tenochtitlán, rebosante de elevados edificios sagrados y con innumerables canales, se asemejaba a las mezquitas y palacios que había en las poblaciones musulmanas.

Pero esta aludida historia unificada del mundo que encuentra en la América ibérica probablemente su mejor exponente de resultados de las gestas de los conquistadores del sur de Europa y de la expansión de la imprenta y un público consumidor de noticias allende los mares, también queda definida por un «impacto microbiano» causado por la llegada de enfermedades procedentes de las poblaciones europeas, como el tifus, la viruela, el sarampión y la gripe. Es cierto que las estimaciones sobre la población precolombina varían enormemente, según historiadores y escuelas historiográficas. Sin embargo, hoy estamos en condiciones de poder afirmar que México, con casi 20 millones de personas antes de la campaña de Hernán Cortés de 1519-21, redujo su población un 90 % en el siglo siguiente a causa de las muertes causadas por la violencia de la conquista y las enfermedades importadas. Y sumas similares encontramos para las campañas posteriores que se desarrollaron en Perú y

Chile, reflejadas, como no podía ser de otra manera, en testimonios pictóricos y literarios hoy de gran valor. Naturalmente, esta violencia desmedida, además de alimentar la «leyenda negra» de España en Europa, trajo pareja la supresión de las formas religiosas indígenas a manos de frailes dominicos y franciscanos. En poco más de una década, entre 1524 y 1536, cuatro millones de conversiones fueron registradas en México, todo lo cual nos permite hablar de una verdadera «conquista espiritual» paralela a la territorial.

Serge Gruzinski, reputado profesor en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, historiador de algunos de los procesos y dinámicas señalados y autor de este imprescindible libro, ha expresado mejor que nosotros el extraordinario «momento estelar» al que asistimos. La cita es larga, pero merece reproducirse en su total integridad:

El siglo XVI ibérico es un espejo del que las memorias europeas no podrían prescindir. Al mismo tiempo es una mina, una mina más rica que todas las del Perú y México juntas, pues rebosa de experiencias humanas: indígenas, europeas, africanas, asiáticas y, sobre todo, mestizas. Sumergirse en tales experiencias es hacerlo en un universo que, en ciertos sentidos, anticipa el nuestro, toda vez que la mezcla de hombres y mujeres no tardó en alcanzar entonces una intensidad y una escala anteriormente desconocidas. La inmersión provoca una toma de distancia, ya que nos alejamos de la superficie del agua y de las cosas de nuestro mundo. También facilita la escucha y la reflexión, y con el tiempo, incluso la empatía con las otras vidas.

Fiel a estos asertos de método, Gruzinski decide otorgarle voz –por medio de un diálogo ficticio– a Diego Muñoz Camargo (1530-1599), un interesante historiador mestizo de Tlaxcala (México) del que sabíamos pocas cosas. No obstante, para que esta operación intelectual fructifique resulta fundamental romper la sucesión lineal de algunos de los escritos de Muñoz Camargo (la *Descripción de Tlaxcala* y la *Historia*) y confrontarlos con otros pasajes, pues solo así podremos ver aspectos inéditos e imprevisos. El Diego Muñoz Camargo que deriva nos es más conocido que antes, y desde luego no existiría sin las redes instauradas tras la conquista española por los misioneros y mercaderes. Así, gracias a este libro de Gruzinski hoy sabemos que Muñoz Camargo, además de historiador, fue también «alcalde mayor» y que, en 1584, decidió cruzar el océano Atlántico para entregar en las propias manos del poderoso monarca Felipe II una de las primeras historias de Tlaxcala, su patria de origen. Si la primera mitad de esta notable obra está dedicada a describir la historia, ritos y costumbres de Tlaxcala, «aquel señorío que los aztecas nunca lograron dominar», en la segunda parte, relativa a la conquista española, Muñoz Camargo se convierte en defensor de los conquistadores, pues, como hijo de uno de ellos, se considera parte del grupo. Su admiración por Hernán Cortés y los religiosos que le acompañaron es evidente, y no duda en presentar al primero como un hombre lleno de «compasión» hacia aquellos a los que iba a «reducir», pero también consciente de su misión, que no era otra que la de «cobrar amigos y darles nueva ley y doctrina de parte de aquel gran señor que era el Emperador Carlos V y quien le había enviado».